

mujer, con estos dos contrapuntos que son el anarquismo y la izquierda vista desde Francia y América, será una pauta notable en la comprensión de la primera mitad del siglo XX.

Paul AUBERT
Aix-Marseille Université, CNRS, UMR 7303 TELEMME



Pau CASANELLAS

Morir matando. El franquismo ante la práctica armada, 1968-1977,
Madrid, Los Libros de la Catarata, 2014, 318 p.

El estudio de la historia política reciente de España es uno de los ámbitos de la historiografía que está experimentando una mayor expansión. Para demostrarlo basta nombrar las asociaciones profesionales, la calidad de las revistas especializadas, la cantidad de las novedades editoriales o los congresos que se celebran regularmente sobre aspectos generales o específicos del régimen franquista, la Transición o la democracia parlamentaria. No obstante, no todas las temáticas han sido investigadas por igual. Centrándonos exclusivamente en la historia política de la larga dictadura, lo cierto es que contamos con más trabajos sobre el devenir del antifranquismo que sobre los entresijos de la propia dictadura. Si bien no faltan obras sólidas sobre esto último, la mayoría tratan de la posguerra, especialmente de la represión sobre los vencidos de la Guerra Civil.

Por suerte, en los últimos años han aparecido algunas interesantes novedades editoriales que se adentran en otras fases y otros aspectos, como la evolución y el ocaso del régimen. Una de las más destacadas es *Morir matando. El franquismo ante la práctica armada*, la tesis doctoral del joven historiador Pau Casanellas (Universitat Autònoma de Barcelona), quien ya había dado muestras de sus progresos y su saber hacer en los artículos que ha ido publicando en revistas académicas como *Historia del Presente*, *Tabula*, *Historia Social* o *Ayer*.

Morir matando es un pormenorizado y bien escrito estudio sobre la política antiterrorista del régimen franquista, esto es, de su reacción ante el reto de la violencia política, durante el periodo comprendido entre dos fechas clave: 1968, marcado por la adopción de una estrategia armada por parte de un sector muy radicalizado de la oposición, y 1977, en cuyo mes de junio se celebraron las elecciones generales que dieron pie a la Transición democrática propiamente dicha. A lo largo de las 318 páginas de la obra, Casanellas realiza un análisis exhaustivo de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, el desarrollo legislativo, la judicatura, el servicio secreto y las propuestas formuladas desde la esfera política para oponerse a la «lucha armada». Sin embargo, *Morir matando* no se limita a indagar en el aparato estatal, sino que también presta atención tanto a la interrelación de este con las organizaciones terroristas como a la represión en general y a su impacto sobre las fuerzas antifranquistas.

Un proyecto de tales características necesitaba de cimientos muy sólidos y, efectivamente, los tiene. Sobresale entre ellos el empleo de abundantes fuentes judiciales y policiales, la mayoría de las cuales permanecían inéditas. Se trata de una documentación custodiada en centros como el Archivo General de la Administración (Alcalá de Henares) y los archivos histórico-provinciales del País Vasco y Navarra. No obstante, no hay que pasar por alto

que, con el fin de ampliar lo máximo posible su punto de vista, Casanellas también ha manejado documentación y publicaciones de los grupos antifranquistas.

Morir matando comienza en 1968, año en el que, siguiendo la estrategia de la provocación (espiral de acción-reacción) aprobada en su IV Asamblea (1965) y confirmada en la V (1967), ETA asesinó a sus primeras víctimas: el guardia civil José Antonio Pardines y el comisario de la Brigada Político-Social de San Sebastián Melitón Manzanos. El régimen respondió al ataque tal y como la banda había previsto: con una represión feroz. Por ejemplo, «de las 312 personas detenidas en Vizcaya durante 1968 por la Brigada Regional de Investigación Social [...] 108 tuvieron que ser liberadas “sin responsabilidad”» (p. 38).

La reacción del franquismo solo consiguió acrecentar las simpatías de una parte de la sociedad y la oposición hacia la hasta entonces poco conocida organización etarra. Fue entonces cuando la dictadura volvió en cierta manera a sus orígenes recuperando los mecanismos jurídico-legales y las medidas represivas que había utilizado en su lucha contra los guerrilleros, los maquis, pero que había ido abandonado en la anterior etapa de tímida liberalización en pos de propiciar un acercamiento a la Comunidad Económica Europea. De esta manera, en palabras del autor de *Morir matando*, se desmiente «la imagen de un franquismo amable en su tramo final». Al contrario, «la dictadura se cerró sobre sí misma, en un retorno a las esencias que se explica fundamentalmente por el intento de cortar de raíz la cada vez más amplia contestación social a que debía hacer frente» (p. 290). Así pues, se apostó por la vía policial, cuando no parapolicial, se recuperó la justicia militar y se recurrió crecientemente a medidas como los estados de excepción. Todo lo cual es prueba, como demuestra Casanellas, de la creciente debilidad del régimen, paralela a la decadencia física de Francisco Franco, así como de su incapacidad para encarar el desafío terrorista.

Lejos de acabar con la amenaza, las medidas excepcionales, las detenciones masivas, los malos tratos en comisaría, los desmanes policiales, las campañas en la prensa y los juicios ejemplarizantes (como el proceso de Burgos de 1970, que se volvió contra sus propios promotores), elevaron a los militantes de ETA a la categoría de héroes y, cuando fueron ejecutados o murieron en enfrentamientos con las fuerzas del orden, a la de mártires. La saña de la dictadura, que llegó a su culmen con la ejecución de dos miembros de ETAp y tres del FRAP el 27 de septiembre de 1975 (lo que, dado que Franco falleció en noviembre, da pie al título, pues casi literalmente «murió matando»), fue la mejor propaganda para la organización terrorista. Por otra parte, el autor mantiene que «la profundización de la práctica armada, paralela a un proceso de simplificación doctrinal –y en diálogo constante con la represión estatal–, llevó a ETA a emprender acciones cada vez más espectaculares» (p. 294), como fueron el asesinato del presidente del Gobierno Luis Carrero Blanco (1973) o la masacre en la cafetería Rolando de Madrid (1974), que se saldó con trece víctimas mortales.

A decir de Casanellas, «más allá del terreno punitivo, se plantearon también medidas políticas para frenar la influencia del independentismo y la contestación en el País Vasco. Aunque numerosas, las propuestas esbozadas tuvieron una muy escasa traslación a la práctica, quedando casi siempre circunscritas al papel» (p. 291). Se refiere, entre otras cosas, a las conclusiones y recomendaciones emanadas del todavía embrionario servicio secreto. Llama la atención la lucidez de algunos de los informes, como el plan Udaberri, así como la forma en la que fueron ignorados por la Administración. Anticuado y corroído por los enfrentamientos internos, el régimen desperdió incluso las oportunidades que se le ofrecían desde su propio seno.

En opinión de Casanellas, la muerte del dictador no supuso un punto de inflexión en la política represiva. De este modo, el «franquismo sin Franco» (1976-1977) previo a la

democratización «estuvo caracterizado por el mantenimiento de los fantasmas que había albergado la dictadura durante toda su trayectoria –cuya máxima expresión era el anatema de la “subversión”–, así como por una acusada preocupación para no perder en ningún momento el control de la situación». Sin embargo, sí que se registró cierto giro al pasarse a una «discriminación represiva»: una combinación entre «una progresiva tolerancia selectiva hacia los sectores moderados de la oposición con la más implacable represión contra los integrantes del antifranquismo militante», mientras que contra las organizaciones terroristas «la política gubernamental fue, si cabe, todavía más exacerbada» (p. 225). Y es que, según el autor de *Morir matando*, «quienes tomaron las riendas del país en los años inmediatamente posteriores a la muerte del Caudillo» adolecían de una «dudosa voluntad democratizadora» (p. 278). Probablemente no le falta razón, aunque habría que matizar mucho tal afirmación, pero exactamente lo mismo podría decirse de bastantes de los antifranquistas (verbigracia, el nacionalismo vasco radical o parte de la extrema izquierda), cuyos atentados terroristas y cuyo horizonte final poco o nada tenían que ver con una democracia pluripartidista.

A pesar de que *Morir matando* abarca una temática mucho más amplia que ETA, se trata de un complemento perfecto para las abundantes obras que hay publicadas sobre la historia de esta organización y la denominada «izquierda *abertzale*» (patriota), ya que nos permite comprender el porqué de las respuestas de la dictadura al terrorismo: una Administración desorientada, errática, en crisis y con crecientes divisiones internas. También, de una forma u otra, nos permite confirmar lo que ya se intuía: el peor legado que dejó el régimen franquista a la joven democracia parlamentaria de 1977 fue ETA. Las dramáticas consecuencias de la legitimación del terrorismo fueron los años de plomo que toda España, y especialmente el País Vasco, sufrió durante la Transición.

Más allá de algunos errores en lo que respecta a la historia reciente de Euskadi, como la ocasional confusión entre ciudadanos vascos y nacionalistas vascos, de su indulgencia para con el déficit democrático de una parte de la propia oposición antifranquista, del empleo recurrente de un vocabulario un tanto ambiguo («práctica armada», «conflicto armado», «morir abatido», «morir agredido», «resultar muerto», etc.) y del hecho de que se eludan como tabús términos como «terrorismo» o «asesinato», *Morir matando* es una magnífica obra que consigue con creces el objetivo de diseccionar la política represiva de la dictadura franquista durante su crepúsculo. A partir de ahora cualquier investigación rigurosa sobre dicha etapa requerirá de una lectura sosegada del libro de Pau Casanellas. No se me ocurre mejor elogio.

Gaizka FERNÁNDEZ SOLDEVILLA
IES Marqués de Manzanedo (Santoña)

